

CÓRDOBA LATINOAMERICANA

Por Edmundo Aníbal Heredia

Para considerar a Córdoba como ciudad latinoamericana es necesario acercarnos a ella gradualmente desde ese gran espacio que es América Latina, hasta llegar a este Suquía de los comechingones. Así es posible entender mejor la vida de una ciudad, porque las ciudades, como los seres humanos, tienen vida y en ella sus etapas diversas. También es preciso comenzar por ubicarse en el tiempo histórico, esto es en el de las fundaciones de ciudades. Porque el sitio elegido no fue un capricho de Don Jerónimo; respondía a un amplio plan imperial con órdenes puntuales que venían de Madrid. Los objetivos incluían cuestiones fundamentales, como la explotación de metales preciosos, el poder internacional, la gloria de la Corona, la difusión del catolicismo; eran factores que hacían a la grandeza de España en su lucha y competencia con las demás naciones europeas. La imposición de la Santa Sede de predicar y difundir el Evangelio era una de las condiciones para sacralizar el derecho de conquista. Órdenes Reales, Reales Cédulas, Bulas Alejandrinas, Breves Pontificios y Encíclicas eran las Máximas inexcusables que regían la Conquista. Todo esto conformaba un poderoso plan, requisito indispensable para que España se constituyera en un Imperio competente en el concierto europeo. Nada de esto era ajeno en la mente de Don Jerónimo ni en el centenar de su mesnada; naturalmente, todo ello sin consentimiento ni conocimiento de los comechingones.

En este caso la fundación procuró fijar y poblar un punto que sirviera de comunicación con el mar desde las fuentes de la plata potosina, facilitando así su transporte a la capital del Imperio; no era un destino menor. El fundador no tuvo tiempo de apreciar el resultado de su obra, porque un año después su sucesor y pariente lo mandó ajusticiar por no cumplir debidamente el plan, lo que puso de manifiesto la crueldad de ciertos actos de la conquista. Quizá aquel origen contribuya a entender desde la profundidad de los tiempos su carácter rebelde y resistente a los dictados de una autoridad central que no atendía sus propios intereses, hasta convertirla en un baluarte del federalismo. En cumplimiento de ese plan fueron fundadas ciudades frente o cercanas al mar, y otras interiores que debían cumplir el rol de etapas en el camino hacia el mar. Era un plan perfectamente imperial y colonialista.

Así comenzó esta historia, pero los tiempos fueron modificando el destino de la ciudad y de su entorno, hasta extenderlo a una Provincia de la nueva nación. El tiempo hizo lo que naturalmente marcaba su destino: en las de la costa, vinculadas con el mundo ultramarino, se destacó la presencia y supremacía de una burguesía liberal, tempranamente capitalista; en las interiores predominó el tradicionalismo y la oposición a las innovaciones que venían de Europa. Aquella configuración no sólo respondía a los factores naturales, sino también al rol que les impuso el régimen colonial español. Pero con el tiempo este esquema fue moderándose por obra del avance de las comunicaciones y de los contactos sociales y culturales. Sus habitantes fueron tomando conciencia de su destino, hasta llegar a la rebelión y ser los primeros en resistir los dictados centralizadores. En Argentina ha quedado representada

por el litoral, el interior y el denominado desierto. Los tres espacios responden a una escala de privilegios en la atención de los sectores de poder; esto ha dado origen a enfrentamientos entre regiones; las guerras civiles del XIX son en buena parte su expresión. En esa realidad, el desierto ha sido un espacio-reservorio, con un papel significativo en el proceso de la formación de la nacionalidad. Por lo tanto, el espacio le ha deparado a Córdoba un rol específico en el conjunto. Este esquema cartográfico la ubica en el contexto latinoamericano entre las ciudades interiores, no sólo por su ubicación geográfica sino también porque asumió decididamente ese rol de contraposición al sistema dominante o triunfante en las luchas por la organización nacional, esto es el predominio de los puertos y el control de los usufructos de la exportación de productos primarios.

La ciudad recibió aportes heterogéneos de población, determinando sectores y estamentos que adquirieron concreta configuración en la vida política, con una rigurosa clasificación social en la que el factor étnico tuvo incidencia. La urbe estuvo dotada desde sus primeros años del aire doctoral y recoleto que le imprimían su famosa Universidad y su acendrada vida monacal. Fue esta ciudad el escenario político de los intereses del interior de la Nación, consecuente replicadora y censora del centralismo programado desde Buenos Aires. Se gesta así un tipo de federalismo singular, patriarcal y aristocrático, que hasta se opone al otro federalismo de los llanos. Es la lucha entre el interior y el puerto, entre la formación de una Argentina profunda y una Argentina incorporada al mundo como un apéndice de la economía mundial regida por las potencias europeas. En esa disputa la sugestión del puerto ha sido más poderosa.

Su mediterraneidad fue un condicionante de los desplazamientos de los inmigrantes europeos y determinante del límite impreciso pero decisivo de la entrada hacia el interior de los contingentes extranjeros. Aquí fue donde se dio con mayor nitidez el mestizaje entre criollos y colonos inmigrantes, formando un crisol étnico y cultural intermedio entre el litoral, predominantemente aluvional, y el Noroeste, esencialmente criollo y aborígen. Córdoba es el ejemplo mayor de la síntesis y simbiosis entre los grupos étnicos que fueron agregándose y conformando la población desde la conquista hasta nuestros días.

Estas formas de ocupación y de dominación dieron origen a una combinación, superposición y yuxtaposición de elementos simbólicos, que trasuntaban y valorizaban ideologías, sentimientos y sensaciones que los espacios ocupados por el hombre y los fenómenos geográficos provocaban de manera impactante en las mentalidades y en la sensibilidad de sus ocupantes.

Esta condición excepcional de su ubicación espacial le otorga potencialmente un rol fundamental en el desarrollo de toda la nación y aún del Cono Sur, que ratifica una sana vocación federalista e integracionista, como factor de equilibrio y de compensación, a la vez que le depara una gran responsabilidad en el rol de armonizar los intereses regionales y provinciales dentro del sistema nacional.

De este cuadro histórico, que ha sido reconstruido por los estudiosos desde diversas perspectivas, se ha formado un imaginario que forma parte de la idiosincrasia de los cordobeses. Esa imagen es también llevada al arte por poetas, músicos o pintores, que dan sus propias representaciones de una misma realidad. El cordobés es así un ser y un producto históricos que deviene de un proceso profundo en el tiempo, caracterizado por una intensa complejidad debido al entrecruzamiento de valores culturales diversos, todos ellos vinculados estrechamente con su pertenencia a un lugar específico de América Latina. Es desde este punto de partida que debemos ubicar a Córdoba y a sus habitantes en el contexto latinoamericano, como una de las provincias que tuvieron un papel significativo desde la conquista española hasta nuestros días. A su vez, los componentes históricos desde los tiempos coloniales hasta la actualidad han sido variados y cambiantes, hasta consolidar una identidad que estuvo moldeada por las intensas luchas civiles, por la conquista y la ocupación de su territorio a costa de la eliminación de poblaciones autóctonas, de la incorporación del país al orden económico mundial.

Las preguntas que nos formulamos se refieren a cómo el imaginario del cordobés puede ser un factor para concebir su inserción y, mejor aún, su integración con los países vecinos; en un plano más amplio, cómo puede extenderse ese imaginario hacia la comprensión de América Latina como una gran unidad histórica y cómo todo su trasfondo histórico la sitúa en una posición incorporada al conjunto. Además, el peso cultural de la ciudad capital ha sido de gran impacto en ese imaginario, de modo que encontrar la síntesis de ésta es tarea complicada.

Su mediterraneidad indica el parentesco con otras ciudades latinoamericanas que de algún modo reaccionaron contra la disposición metropolitana de ejercer la hegemonía mediante la creación de capitales ubicadas en los puertos en posición favorable para su conexión en dependencia de la metrópoli o del orden regido por las naciones poderosas. Esto le daría a Córdoba un relativo protagonismo en la formación de un pensamiento defensor de la independencia y de la soberanía nacional, lo que constituye una base del federalismo. De todos modos, Córdoba no pudo sustraerse del rol de comunicante con el mar desde el interior, función que cumplió también en cuanto a intermediaria entre ambos océanos.

Relacionada con esta ubicación estratégica, su ciudad capital ha constituido una alternativa para erigirse en la capital de la nación, dando así condiciones favorables a una posibilidad de cambio en la estructuración espacial de la nación y en consecuencia a una visión distinta de la realidad del país. La situación intermedia entre el litoral y el interior profundo, en especial el de la región Noroeste, le ha dado una condición de integradora de regiones. De algún modo Córdoba ha asumido en distintos momentos de la historia nacional el rol de representante de los intereses del interior frente a los del litoral atlántico.

Resumiendo, todo ello ha incidido para que se perfile una idiosincrasia que resume caracteres comunes a toda la nación, en los que se conjugan tradiciones y formas culturales que le vienen de los distintos aportes en el

tiempo, desde el de los pueblos originarios -que persiste no sólo en la toponimia sino también como factor étnico y cultural-, pasando por la fuerte impronta hispánica y, finalmente, por los diversos aportes de la inmigración europea más reciente. Esas capas sucesivas se han ido amalgamando a lo largo de su historia, permaneciendo todas ellas vigentes aunque adaptadas a los nuevos tiempos en una intensa vida política y social. Córdoba participa de esta diversidad peculiar como una característica notable de la realidad latinoamericana. Córdoba comparte esa condición, lo que la convierte en una puerta de ingreso a la América Latina profunda.